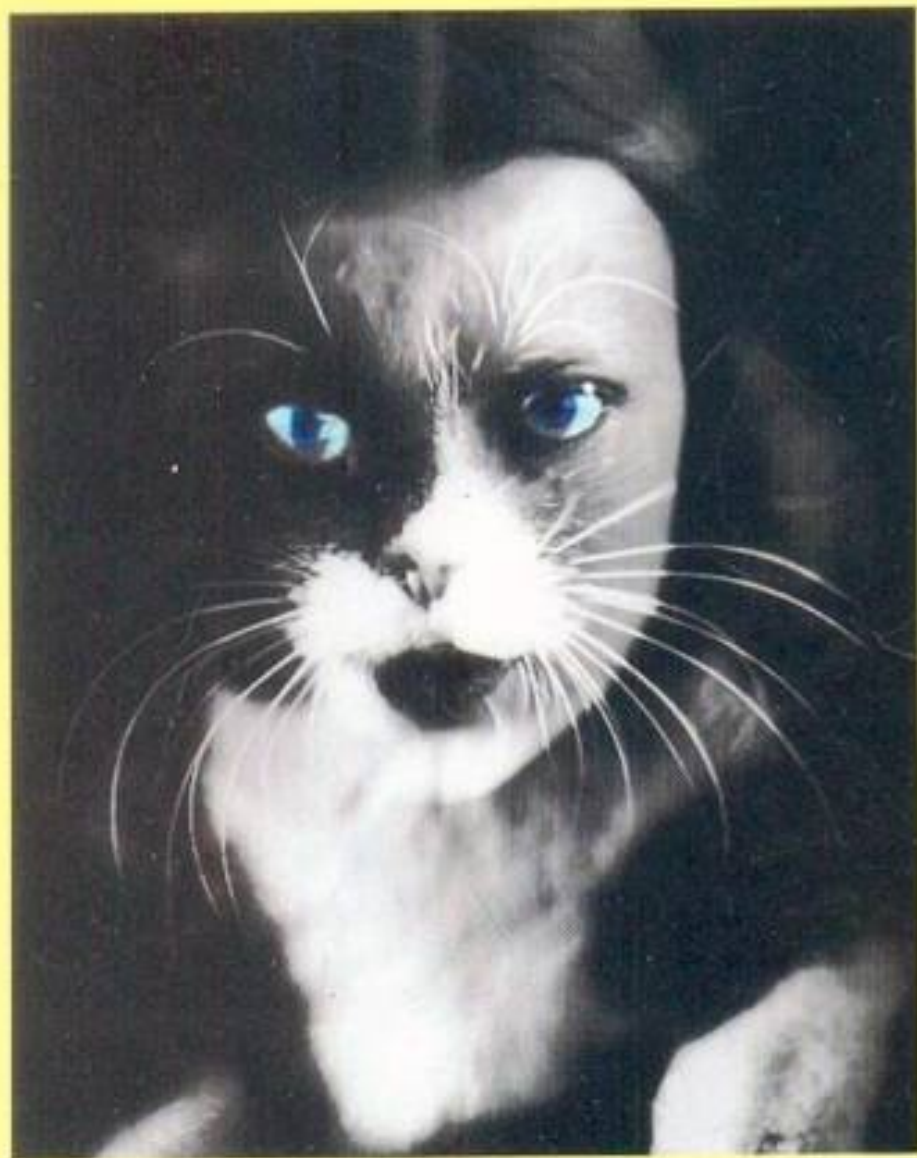


IAN McEWAN

---

*En las nubes*



En estos siete episodios exquisitos e interconectados, Peter Fortune, un hombre ya adulto, nos revela el secreto de los viajes, las metamorfosis y las aventuras de su infancia: Ian McEwan nos brinda una encantadora obra de ficción que se dirige por igual a niños, jóvenes y adultos. Peter es un niño de diez años que se pasa el día en las nubes. Los mayores le consideran problemático, aunque no molesta ni es especialmente travieso. Su único problema es que vive inmerso en sus fantasías, algo que los mayores no pueden comprender ni aceptar, ya que quieren saber siempre qué pasa por la cabeza de los demás. En alguna parte entre ficción y realidad, Peter experimenta fantásticas transformaciones que nos hacen trasladarnos a nuevos y fascinantes universos: intercambia el cuerpo del gato de la familia por el de un niño malhumorado, lucha contra una muñeca diabólica que de pronto ha cobrado vida en busca de venganza, y descubre en el cajón de la cocina una especie de crema facial que en realidad hace desaparecer a la gente. Y en la última historia se despierta como un niño de once años encerrado en el cuerpo de un adulto, y se embarca en la aventura realmente fantástica de enamorarse. Gracias a todas estas transformaciones, Peter irá descubriendo nuevas cosas de sí mismo y de los demás; y de ello nacerá un profundo respeto por todos los seres y las cosas que pueblan su vida. Conmovedora, irreal y extraordinaria, esta novela, muy leída y también alabada por la crítica, es una celebración de la imaginación y la fantasía.

A Polly, Alice, William y Gregory, con agradecimiento.

Deseo decir de formas ya mudadas en nuevos cuerpos.

OVIDIO,  
Las metamorfosis, Libro primero

## PETER FORTUNE

Cuando Peter Fortune tenía diez años, algunos adultos le decían a veces que era un niño «difícil». Nunca comprendió lo que querían decir. Él no se consideraba en absoluto difícil. No estrellaba las botellas de leche contra el muro del jardín, ni se echaba salsa de tomate en la cabeza y fingía que sangraba, ni le golpeaba los tobillos a la abuela con la espada, aunque de vez en cuando se le ocurrieran esas ideas. A excepción de todas las verduras menos las patatas, el pescado, los huevos y el queso, comía de todo. No era más ruidoso, sucio o tonto que ninguna de las personas que conocía. Su nombre era fácil de pronunciar y deletrear. Su cara, pálida y pecosa, era bastante fácil de recordar. Iba a la escuela todos los días como los demás niños y nunca armó demasiado escándalo por eso. Con su hermana no era más insoportable de lo que ella lo era con él.

Nunca la policía llamó a la puerta con intención de detenerlo. Nunca unos médicos vestidos de blanco quisieron llevárselo al manicomio. En opinión de Peter, él era de lo más fácil. ¿Qué tenía de difícil?

Peter lo comprendió por fin cuando ya hacía años que era adulto. Creían que era difícil por lo callado que era. Eso parecía preocupar a la gente. El otro problema era que le gustaba estar solo. No siempre, claro. Ni siquiera todos los días. Pero la mayoría de los días le gustaba quedarse a solas durante una hora en algún sitio, en su habitación o en el parque. Le gustaba estar solo y pensar en sus cosas.

Ahora bien, a los adultos les gusta creer que saben lo que pasa por la cabeza de un niño de diez años. Y es impo-

sible saber lo que alguien está pensando si esa persona no lo cuenta. La gente veía a Peter tumbado de espaldas alguna tarde de verano, mascando una brizna de hierba y mirando el cielo. «¡Peter, Peter! ¿En qué estás pensando?», le gritaban. Y Peter se incorporaba sobresaltado. «Oh, en nada. En nada». Los adultos sabían que algo ocurría en el interior de esa cabeza, pero no podían oírlo, ni verlo ni sentirlo. No podían decirle a Peter que parara porque no sabían lo que estaba haciendo. Habría podido estar incendiando la escuela, tirando a su hermana a los cocodrilos o huyendo en globo, pero lo único que veían era un niño mirando el cielo azul sin pestañear, un niño que no oía cuando lo llamaban por su nombre.

En cuanto a lo de estar solo, eso tampoco les gustaba demasiado a los adultos. Ni siquiera les gusta que otros adultos estén solos. Cuando te juntas con otros, la gente ve lo que estás haciendo. Estás haciendo lo que ellos están haciendo. Peter tenía ideas diferentes. Juntarse con los demás estaba muy bien, en su momento. Pero sin exagerar. En realidad, pensaba, si la gente dedicara menos tiempo a juntarse y a hacer que los demás se juntaran y dedicara un poco más de tiempo al día a recordar quiénes eran o quiénes podrían ser, el mundo sería un lugar mucho más feliz y quizá nunca habría guerras.

En la escuela, dejaba a menudo su cuerpo sentado en el pupitre mientras su mente se perdía en las nubes. Incluso en casa, tener la cabeza en las nubes lo metía a veces en líos. Una Navidad, el padre de Peter, Thomas Fortune, estaba colgando adornos en la sala. Era algo que odiaba. Siempre lo ponía de mal humor. Había decidido colocar serpentinatas en un rincón. Pues bien, en ese rincón había un sillón y en el sillón, sin hacer nada en concreto, estaba Peter.

—No te muevas, Peter —dijo Thomas Fortune—. Voy a subirme al respaldo del sillón para colgar esto ahí arriba.

—Muy bien —dijo Peter—. Adelante.

Thomas Fortune se subió al sillón, y Peter siguió sumido en sus pensamientos. Parecía que no estuviera haciendo nada, pero en realidad estaba muy ocupado. Estaba inventando un divertido sistema para bajar a toda prisa de una montaña utilizando una percha y un cable tensado entre dos pinos. Siguió pensando en ese problema mientras su padre permanecía de pie en lo alto del sillón, haciendo grandes esfuerzos y soltando bufidos en su intento de llegar hasta el techo. ¿Cómo podría uno deslizarse, se preguntó Peter, sin chocar contra el árbol en el que estaba amarrado el cable?

Fue quizá el aire de la montaña lo que le hizo recordar que tenía hambre. En la cocina había un paquete de galletas de chocolate sin abrir. Era una lástima seguir despreciándolas. Al levantarse, oyó un tremendo estrépito a su espalda. Peter se dio la vuelta a tiempo para ver a su padre cayendo de cabeza en el hueco que había entre el sillón y el rincón. Luego Thomas Fortune reapareció, de nuevo con la cabeza por delante y un aspecto de parecer dispuesto a cortar a Peter en trocitos. En el otro extremo de la habitación, la madre de Peter se tapó la boca con una mano para contener la risa.

—Oh, papá, lo siento —dijo Peter—. Me había olvidado de que estabas ahí.

Poco después de su décimo cumpleaños, se le encomendó la tarea de llevar al colegio a su hermana de siete años, Kate. Peter y Kate iban a la misma escuela. Estaba a un cuarto de hora andando o un corto trayecto en autobús. Hasta ese momento, habían acudido caminando con su padre, que los dejaba camino del trabajo; pero se consideró entonces que los niños eran ya lo bastante mayores como para ir solos en autobús, y Peter sería el responsable.

La escuela estaba sólo a dos paradas de su casa, pero, por la forma en que sus padres no dejaban de hablar del tema, podría haberse pensado que Peter llevaba a Kate al polo norte. Se le daban instrucciones la víspera. Cuando se

despertaba tema que volver a oír las. Luego sus padres las repetían de nuevo durante el desayuno. Cuando los niños estaban a punto de salir a la calle, su madre, Viola Fortune, repasaba las reglas por última vez. Todos deben de creer que soy tonto, pensaba Peter. A lo mejor lo soy. Tenía que llevar a Kate de la mano todo el rato. Tenían que sentarse en el piso de abajo del autobús, con Kate junto a la ventana. No tenían que entablar conversación con chiflados ni granujas. Peter tenía que decirle al conductor el nombre de su parada en voz alta, sin olvidar añadir «gracias». Tenía que mantener la vista fija en el camino.

Peter le repetía otra vez todo esto a su madre y partía hacia la parada de autobús con su hermana. Iban cogidos de la mano todo el camino. En realidad, eso no le importaba porque lo cierto era que Kate le gustaba. Lo único que deseaba era que ninguno de sus amigos lo viera de la mano de una niña. El autobús llegaba. Subían y se sentaban en el piso de abajo. Era ridículo estar allí sentados con las manos cogidas y, además, había algunos niños del colegio, de modo que se soltaban. Peter se sentía orgulloso. Podía hacerse cargo de su hermana en cualquier lugar. Kate podía confiar en él. En el caso de que estuvieran solos en un desfiladero y se encontraran con una manada de lobos hambrientos, Peter sabría exactamente qué debería hacer. Con cuidado para no hacer ningún movimiento brusco, se iría moviendo con Kate hasta tocar con la espalda alguna gran roca. De ese modo, los lobos no podrían rodearlos.

A continuación, saca del bolsillo dos cosas importantes que no ha olvidado llevar consigo: la navaja y una caja de cerillas. Saca la navaja de la funda y la deja en la hierba, a punto por si los lobos atacan. Ya se acercan. Están tan hambrientos que babean, gruñen y aúllan. Kate llora, pero él no puede consolarla. Sabe que tiene que concentrarse en su plan. Justo a sus pies hay algunas hojas y ramitas secas. Rápida y hábilmente, Peter forma con ellas un pequeño montón. Los lobos se acercan poco a poco. No puede fallar. Só-

lo queda una cerilla en la caja. Pueden oler el aliento de los lobos: un terrible hedor a carne podrida. Peter se inclina, ahueca la mano y enciende la cerilla. Hay una ráfaga de viento, la llama parpadea, pero Peter logra mantenerla encendida cerca del montón, el fuego prende, primero una hoja, luego otra, luego el extremo de una ramita, y el pequeño montón no tarda en arder. Reúne más hojas, ramitas y palos más grandes. Kate ha comprendido la idea y lo ayuda. Los lobos retroceden. A los animales salvajes les atterraza el fuego. Las llamas se elevan cada vez a mayor altura, y el viento empuja el humo hacia sus babeantes fauces. Entonces Peter coge la navaja y...

¡Absurdo! Era perdiéndose en las nubes de esa manera como corría el riesgo de saltarse la parada. El autobús se había detenido. Los niños de su escuela ya estaban bajando. Peter se incorporó de golpe y logró saltar a la acera en el preciso instante en que el autobús se ponía de nuevo en marcha. Llevaba andados más de cincuenta metros por la calle cuando se dio cuenta de que había olvidado algo. ¿La cartera? ¡No! ¡Su hermana! La había salvado de los lobos y la había dejado allí sentada. Durante un instante no supo reaccionar. Se quedó contemplando cómo se alejaba el autobús.

—Vuelve —murmuró—. Vuelve.

Uno de los niños de su escuela se acercó y le dio un golpe en la espalda.

—Eh, ¿qué pasa? ¿Has visto un fantasma?

La voz de Peter pareció provenir de muy lejos.

—Oh, nada, nada. Me he dejado una cosa en el autobús.

Y echó a correr. El autobús estaba ya a unos cuatrocientos metros y empezaba a frenar para la siguiente parada. Peter aceleró. Iba tan deprisa que, si hubiera levantado los brazos, seguramente habría podido despegar. Entonces habría sobrevolado la copa de los árboles y... ¡Pero no! No iba a empezar de nuevo a perderse en las nubes. Iba a



traer de vuelta a su hermana. En ese momento debía de estar gritando presa del terror.

Algunos pasajeros se habían bajado, y el autobús volvía a alejarse. Peter estaba más cerca que antes. El autobús avanzaba lentamente detrás de un camión. Si lograba seguir corriendo y olvidarse del terrible dolor que sentía en las piernas y el pecho, lo alcanzaría. Cuando llegara a la altura de la parada, el autobús no estaría a más de cien metros. «Más de prisa, más de prisa», se dijo.

Estaba llegando a la parada, cuando alguien le gritó:

—¡Eh, Peter, Peter!

Peter no tuvo fuerzas para girar la cabeza.

—No puedo pararme —jadeó, e intentó seguir corriendo.

—¡Peter! ¡Para! ¡Soy yo! ¡Kate!

Echándose las manos al pecho, se derrumbó a los pies de su hermana.

—Cuidado con esa caca de perro —dijo Kate con calma mientras contemplaba cómo su hermano luchaba por recobrar el aliento—. Venga, vamos ya. Es mejor que volvamos o llegaremos tarde. Más vale que me des la mano para que no te metas en ningún lío.

Se dirigieron a la escuela juntos, y Kate prometió muy amablemente —a cambio del dinero semanal de Peter— no decir nada de lo que había pasado cuando regresaran a casa.

El problema de tener la cabeza en las nubes y no ser muy locuaz es que los maestros, sobre todo los que no te conocen mucho, probablemente piensen que eres bastante tonto. O, si no tonto, al menos aburrido. Nadie es capaz de ver las increíbles cosas que pasan por tu cabeza. Una maestra que viera a Peter mirando por la ventana o contemplando la hoja en blanco que tenía sobre el pupitre podía pen-

sar que se aburría o que estaba atascado buscando una solución. Pero la verdad era muy diferente.

Por ejemplo, una mañana había un examen de matemáticas en la clase de Peter. Los niños tenían que sumar algunos números bastante altos en sólo veinte minutos. Casi nada más empezar la primera suma, en la que había que sumar tres millones quinientos mil doscientos noventa y cinco y otro número casi igual de alto, Peter se encontró pensando en el número más alto del mundo. Había leído la semana anterior algo sobre un número con el maravilloso nombre de gúgol. Un gúgol equivalía a diez multiplicado cien veces por diez. Un uno con cien ceros. E incluso había otra palabra mejor, una auténtica belleza: el gugolplex. Un gugolplex equivalía a diez multiplicado gúgol veces por diez. ¡Vaya número!

Peter dejó vagar su mente por ese fantástico tamaño. Los ceros se perseguían por el espacio como si fueran burbujas. Su padre le había dicho que los astrónomos calculaban que el número total de átomos de todos los millones de estrellas que podían ver con sus telescopios gigantes era de uno con noventa y ocho ceros. Todos los átomos del universo juntos no sumaban ni siquiera un solo gúgol. Y un gúgol era una insignificancia en comparación con un gugolplex. Si le pidieras a alguien un gúgol de caramelos de chocolate, no había en el universo suficientes átomos para fabricarlos.

Peter apoyó la cabeza en una mano y suspiró. En ese preciso momento, la maestra dio una palmada. Habían pasado los veinte minutos. Lo único que Peter había hecho era escribir la primera cifra de la primera suma. Todos los demás habían acabado. La maestra había estado contemplando como Peter se quedaba mirando su página, no escribía nada y suspiraba.

Poco después lo pusieron con un grupo de niños con grandes dificultades para sumar incluso los números más bajos, como cuatro y seis. Peter no tardó en aburrirse y se

le hizo aún más difícil prestar atención. Los maestros empezaron a pensar que era pésimo en matemáticas, incluso en ese grupo especial. ¿Qué iban a hacer con él?

Por supuesto, los padres de Peter y su hermana Kate sabían que Peter no era tonto, vago ni aburrido, y había maestros en la escuela que llegaron a darse cuenta de que en su cabeza pasaban todo tipo de cosas interesantes. Y el propio Peter comprendió, al hacerse mayor, que, puesto que la gente no sabe lo que te pasa por la cabeza, lo mejor que puede hacerse, si quieres que te comprendan, es decirlo. De modo que empezó a escribir algunas de las cosas que le pasaban cuando estaba mirando por la ventana o tumbado en el suelo mirando el cielo. Cuando se hizo adulto se convirtió en inventor, escritor de cuentos y llevó una vida feliz. En este libro encontrarás algunas de las extrañas aventuras que sucedieron en la cabeza de Peter, escritas exactamente tal como sucedieron.

## 1. LAS MUÑECAS

Desde que tenía uso de razón, Peter había compartido el cuarto con Kate. La mayor parte del tiempo, eso no le importaba. Kate estaba bien. Le hacía reír. Y había noches en que Peter se despertaba con una pesadilla y se alegraba de que hubiera alguien más en la habitación, aunque fuera su hermana de siete años, que no servía de mucho frente a las criaturas pieles rojas y cubiertas de fango que lo perseguían en su sueño. Cuando se despertaba, esos monstruos se deslizaban tras las cortinas o se metían en el armario. Con Kate en la habitación, se le hacía más fácil salir de la cama y echar a correr hacia el dormitorio de sus padres.

Pero había veces en que sí le importaba compartir la habitación. Y a Kate también. Había largas tardes en que se sacaban mutuamente de quicio. A un desacuerdo seguía una rencilla, y a la rencilla una pelea, una pelea de verdad con puñetazos, arañazos y tirones de pelo. Como Peter era tres años mayor, estaba convencido de ganar esas batallas totales. Y, en cierto sentido, así era. Siempre podía contar con lograr que Kate llorara primero.

Pero ¿era eso verdaderamente ganar? Kate podía contener la respiración, aguantar unos instantes y conseguir que su cara adquiriera el color de una ciruela madura. Entonces sólo necesitaba correr escaleras abajo y enseñarle a su madre «lo que Peter le había hecho». O podía echarse al suelo y hacer un ruido ronco con la garganta de manera que Peter pensara que se estaba muriendo. Entonces era él quien tenía que correr escaleras abajo para ir a buscar a su madre. Kate también podía gritar. Una vez, durante una de

sus exhibiciones de ruidos, un coche que pasaba por delante de la casa se detuvo, de él salió un preocupado conductor que se puso a mirar a la ventana del dormitorio. Peter estaba justamente mirando por la ventana. El hombre cruzó corriendo el jardín, golpeó la puerta, convencido de que dentro estaba sucediendo algo terrible. Y así era. Peter le había cogido algo prestado a Kate y ella quería que se lo devolviera. ¡En el acto!

En tales ocasiones, era Peter el que se metía en problemas y Kate la que salía ganando. Así era como lo veía Peter. Cuando se enfadaba con Kate, tenía que pensárselo mucho antes de pegarle. A menudo lograban mantener la paz trazando una línea imaginaria que salía de la puerta y cruzaba todo el dormitorio. La parte de Kate a un lado, la de Peter a otro. A un lado, la mesa de dibujar y pintar de Peter, su muñeco de peluche, una jirafa con el cuello torcido, los juegos de química, electricidad e imprenta, que nunca eran tan divertidos como prometían las fotos de las tapas de las cajas, y el baúl de aluminio donde él guardaba sus secretos y que Kate siempre estaba intentando abrir.

Al otro lado, la mesa de dibujar y pintar de Kate, su telescopio, su microscopio y su juego de imanes, que eran tan divertidos como prometían las fotos de las tapas de las cajas, y por todas partes en su mitad de la habitación estaban las muñecas. Se sentaban en la repisa de la ventana con las piernas colgando despreocupadamente, se mantenían en equilibrio sobre su cajonera de la ropa y se apoyaban en su espejo, se sentaban en un cochecito de juguete, apretadas como viajeros del metro. Las que gozaban de favor se acercaban más a la cama. Eran de todos los colores, desde negro charol hasta blanco cadavérico, aunque la mayoría eran de un rosa intenso. Algunas estaban desnudas. Otras con sólo una prenda, un calcetín, una camiseta o un sombrero. Unas pocas iban de punta en blanco con trajes de baile, vestidos con encajes y faldas largas con grandes cintas. Todas eran bastante diferentes, pero todas tenían

una cosa en común: todas tenían la misma mirada furiosa fija y alucinada. Se suponía que eran bebés, pero sus ojos lo desmentían. Los bebés nunca miraban a alguien así. Cuando pasaba junto a las muñecas, Peter se sentía observado, y cuando salía de la habitación, sospechaba que hablaban de él, las sesenta.

De todas formas, nunca le hicieron ningún daño y sólo había una que realmente le desagradara. La Muñeca Mala. Ni siquiera a Kate le gustaba. Le tenía miedo, le tenía tanto miedo que no se atrevía a tirarla, no fuera a ser que volviera en mitad de la noche y se vengara. Era posible reconocerla en el acto. Era de un rosa que ningún humano había visto nunca. Mucho tiempo atrás, la pierna izquierda y el brazo derecho habían sido arrancados y de lo alto de su cráneo lleno de pequeños agujeros salía un único mechón de pelo negro. Sus fabricantes habían querido darle una sonrisa dulce, pero algo había fallado en el molde porque la Muñeca Mala siempre dibujaba una mueca con los labios y fruncía el ceño como si intentara recordar la cosa más repugnante del mundo.

De todas las muñecas, sólo la Muñeca Mala no era ni niño ni niña. Era sencillamente un ser indefinido. Estaba desnuda y se sentaba lo más lejos posible de la cama de Kate, sobre una repisa desde donde contemplaba a todo el mundo. Kate la cogía veces e intentaba calmarla con murmullos, pero no pasaba mucho tiempo antes de que se estremeciera y volviera a dejarla en su sitio.

La línea invisible funcionaba bien cuando la recordaban. Tenían que pedir permiso para cruzar la mitad del otro. Kate no podía curiosear en el baúl secreto de Peter y Peter no podía tocar el microscopio de Kate sin pedir permiso. En realidad, funcionó bastante bien hasta que una lluviosa tarde de sábado tuvieron una discusión, una de las peores, acerca de por dónde pasaba exactamente la línea. Peter estaba convencido de que estaba bastante alejada de su cama. Esa vez, Kate no necesitó volverse de color púrpura

ni fingir que se moría ni gritar. Le dio a Peter en la nariz con la Muñeca Mala. La cogió por su única pierna, rechoncha y rosa, y le golpeó en la cara. De modo que fue Peter quien corrió escaleras abajo gritando A decir verdad, la nariz no le dolía, pero sangraba y deseaba sacarle el mayor partido. Mientas bajaba, se restregó la sangre por la cara con el dorso de la mano y, al llegar a la cocina, se echó al suelo delante de su madre y lloró, gimió y se retorció. En efecto, Kate se había metido en un lío, en un buen lío.

Esa fue la pelea que llevó a sus padres a decidir que había llegado el momento de que Peter y Kate tuvieran habitaciones separadas. Poco después del décimo cumpleaños de Peter, su padre despejó lo que llamaban el «cuarto de las cajas», aunque no contenía ninguna caja, sólo marcos de cuadros y sillas rotas. Peter ayudó a su madre a decorar la habitación. Colgaron cortinas y metieron dentro una enorme cama con pomos de cobre.

Kate estaba tan contenta que ayudó a Peter a trasladar sus cosas al otro lado del rellano. Se acabaron las peleas. Y ella no tendría que escuchar más el desagradable borboteo agudo que su hermano hacía al dormir. Y Peter no paraba de cantar. A partir de entonces, ya tenía un lugar al que ir y, bueno, donde estar. Esa noche Peter decidió irse a la cama media hora antes con el fin de disfrutar de su propio lugar, sus propias cosas, sin que ninguna línea imaginaria atravesara la habitación. Tumbado en la semioscuridad pensó que era una suerte que al final hubiera salido algo bueno de esa vil monstruosidad, la Muñeca Mala.

Así pasaron los meses, y Peter y Kate se acostumbraron a tener sus cuartos propios y dejaron de darle importancia a ese hecho. Las fechas interesantes llegaron y pasaron: el cumpleaños de Peter la noche de los fuegos artificiales, Navidad, el cumpleaños de Kate y, luego, Semana Santa. Hacía dos días que había tenido lugar la familiar ceremonia de la búsqueda de los huevos de Pascua. Peter estaba en su habitación, sobre la cama, a punto de comerse el último